

Las ciudades recibidas

Cuando contemplamos la *Creación del Hombre*, por Miguel Ángel, vemos al Divino hacedor tender su mano sobre Adán; un abismo les separa. Quizá jamás tan breve espacio haya dado la sensación de abismo infranqueable. Y la mano paterna, que es a un tiempo paternal y creadora, es también la que crea esa distancia, ese abismo. Y Adán, levantada la cabeza, interrogante la mirada, parece presentir el vértigo de la distancia. Es la creación de una criatura original, independiente, que necesita del abismo para su ser.

Y una vez nacido, el ser humano tiene que ingresar en un tiempo propio, tiene que abrir un camino, que es la acción humana entre todas.

Porque Dios nos ha soñado, pero debemos ser nosotros, al nacer, los que hagamos real ese sueño. Hacer que su sueño sea lo más transparente posible, reducir la sombra a lo menos, porque el hombre pasa por la vida como la luz por un cristal, y sólo hay que cuidar que ese su paso no deje empañada su transparencia.

Nacemos, pues, del sueño de nuestros padres, y tenemos luego nuestros propios sueños.

Dios, cuando se puso a crear un mundo, creó el Paraíso, el Edén, el jardín primero. El hombre, cuando se puso a crear su mundo, comenzó a construir ciudades.

Dios, debía crear como Dios, como creador; el hombre, como hijo suyo, debía participar de esa perfecta filiación y crear como criatura.

Todas las ciudades han sido soñadas. Soñadas por el hombre. Y construidas también por él.

No se puede realizar nada que antes no haya sido soñado.

Todas las ciudades son como una especie de puerto que hay que pasar. Puerto y puerta ante la cual hay que depositar una ofrenda. Un dintel que, al modo de ciertos juegos infantiles, no se puede atravesar si se ha pisado raya y no se ha pagado la debida prenda. Estos juegos, que consisten en pasar de un cuadro a otro, en un tablero dibujado en la tierra, son el símbolo de la vida humana, de ese ir de una a otra etapa, de una a otra edad, de una a otra situación.

También, por ello, este juego, la rayuela, podría ser el símbolo del ir de una ciudad a otra. Del ir a cada una de las ciudades por las que discurre nuestra vida, ciudades que son como una dádiva, un don de esos que obligan al que los recibe. Porque no se pasa sin más por una ciudad.

La vocación de las ciudades

En la ciudad de Segovia sucede algo extraño: está en ella lo sagrado y está lo histórico. Lo primero lo puedes descubrir cuando de niña te llevan a dar un paseo por cierto lugar de la ciudad por donde corre, y también se hunde, el cauce del río que será el Edesma. Hay que escaparse, e ir hasta las peñas donde, aunque fuera en tiempo de sequía, siempre había una gota de agua. Se vivía así lo sagrado y ese principio de transformación en algo divino, transparente. Lo segundo, la historia, se descubría ante el acueducto, no ante el agua sino ante las piedras, ante la edificación levantada para llevar el agua de un lugar a otro, intento del ser humano por realizar un río. Y se descubría pasando por debajo de los arcos, a través de ellos.

Una ciudad es lo que más se acerca a la persona, a su modo de ser. Y como el ser humano tiene la vocación de la transparencia, una ciudad, creación propiamente humana, tenderá también a ella. Y es una esfera cristalina la que contiene a la ciudad de Segovia. Aún de noche, aún en la oscuridad de la noche, se siente el cristal. En esta ciudad, lo pétreo y lo líquido, se han unido en una materia cristalina, en un orden, en una unidad viviente.

En Segovia, donde se halla el templo circular de la Vera Cruz, edificado por los templarios, la temprana vocación de una niña puede ser, precisamente, la de querer ser un caballero templario. Más tarde, en otra ciudad, en Madrid, pasándose las noches en vela, oyendo a los centinelas hacer su ronda, su vocación puede convertirse en desear ser uno de ellos. Los primeros, luchaban por libertar una ciudad, la ciudad santa de Jerusalem, los segundos, velaban todas y cada una de las ciudades. Un guerrero, un vigilante y una muchacha. ¿Acaso esas tres cualidades no se daban también en la diosa Atenea, diosa de la sabiduría y protectora de la primera ciudad, Atenas, ciudad del hombre?

Finalmente, aquella niña encontró su vocación en la filosofía, en el pensamiento. Y en los tiempos en que su país estuvo en guerra, en los tiempos en que todos tuvieron que ser combatientes, ella defendió el hecho de que la inteligencia también lo fuera, que fuera militante, porque la razón había nacido armada: con casco, lanza y escudo.

Atenea prefiguraba al par la estructura del ser y la de la ciudad. Su ley, su luz, debían penetrar en la oscuridad de las pasiones, en la oscuridad de las ciudades. Y se veía obligada a meditar y a sufrir por tener que entrar en acción. Como la diosa, aquella niña, aquella joven, también meditaba, también sufría, también luchaba. Y en una ciudad, en Valencia, escribió una carta a un amigo en la que decía que objetividad era humildad, y que tan sólo deseaba que su persona fuera un puro cristal transparente, donde se vieran las cosas, donde se cumplieran las leyes.

Una especial luz asiste, pues, a ciertas ciudades, una luz que, como es vida, tiene su pasión, y llega a las cosas de una cierta manera. En Toledo, la luz persigue a la ciudad; en Cuenca, está a punto de abrasarse en ella; en Granada, de desleírse; y en Segovia, no cae la luz, sino que toda la ciudad se alza hasta ella, entrando en la luz como si fuera un árbol.

Si Segovia era el lugar de la palabra, Madrid era el lugar del ritmo, del ritmo y del compás. Pues la vocación de Madrid ha sido siempre la de no perder el compás. Al menos así era durante la guerra y durante la paz que la precedió. Porque las ciudades no siempre son pacíficas, no siempre son pacificadoras.

Todas las ciudades pueden algún día estar en guerra, en guerra entre ellas. Todas las ciudades, parece, alguna vez lo estuvieron. Y así, ha habido ciudades sitiadas, ciudades incendiadas, saqueadas, destruidas. Toda ciudad se levanta tras la guerra, con sus heridas, si no son de muerte, y continúa. Así acaeció también en éstas: hubo guerra entre ellas y la luz del universo se confundió con la luz de las granadas.

Por eso vivir en estas ciudades era vivir ante la amenaza constante de la muerte. Y, en Barcelona, esa proximidad de la muerte, unida a una soledad vivida en plenitud, es lo que le hizo crecer un comienzo de alas. Por eso pasó en esta ciudad el tiempo más feliz de su vida. «El tiempo que aquí corre no es ya de este mundo» escribió a una amiga pensando que tal vez fuera la última carta que le enviase.

Y es que quizá nada preste más apoyo para afrontar la muerte que el seguir haciendo aquello a que nos ha llamado nuestra vocación. Ése fue el saber que recibió de la ciudad de Barcelona, a donde la vocación le llevó a impartir un curso en la Facultad de Filosofía y Letras. Allí, en un Seminario, y frente a un profesor, durante un mediodía primaveral, y entregada a una lectura de siempre, sonó la sirena de alarma e inmediatamente llegaron los aviones enemigos y con ellos el ruido de las bombas que explotaban cada

vez más cerca; entonces, ella y el profesor levantaron la cabeza al mismo tiempo. Y él le dijo, serenamente, con voz segura: «Moriré en mi Seminario, moriré haciendo lo que siempre hice».

Pero no iba a ser la muerte, su propia muerte, lo que se encontrase en la ciudad de Barcelona, a pesar de que fuera aquí donde muriera su padre, sino que iba a ser la derrota, la capitulación, la diáspora. El tener que salir de su país, andando, junto aquel poeta que había dado clases en la ciudad de Segovia.

La ciudad interior

Sólo México abrazó a los refugiados cuando éstos lo necesitaban. Sólo México les abrió camino.

Alguien que estuviera en la misma situación que María Zambrano tras el exilio, no debería cansarse de decirlo, como una oración: sólo México. Ella recorrió sus tierras tomando el tren en Veracruz, cruzándolas en tren, pasando por entre los inmensos volcanes, por entre las pequeñas violetas. Pues todo allí era inmenso. Se dirigía a la Universidad de Morelia, para ser profesora de Filosofía. Sabía que aquel camino, el camino hacia aquella ciudad, no lo había buscado, sino que el camino mismo la había llevado hasta allí, hasta ella, hasta esa ciudad que iba a ser muy pronto recibida, que iba muy pronto a darle un recibimiento. Morelia, la ciudad que se había llamado antes Valladolid. La ciudad que la había sustraído a la violencia, ofreciéndole esa paz que se destacaba, justamente en esa ciudad, con especial fuerza, con especial delicadeza.

Morelia, en verdad, había tenido el nombre de Valladolid, pero su color era el color de Salamanca. Y por supuesto, también la Universidad tenía, como toda la ciudad, ese color: era dorada. Su catedral, que había sido hecha por los españoles pero con manos indígenas, constaba de dos torres que estaban rodeadas hasta arriba de dos inmensas buganvillas: nunca Zambrano las había visto tan inmensas.

Cuando ella comenzó a dar su clase, en medio de ese silencio que tiene el indio mexicano, ella sintió cómo la escuchaban, y cómo la arropaban. Su silencio fue para ella como un encaje, como una envoltura o una mantilla de esas que les ponen a los niños que tiemblan. Porque ella temblaba por todo y le quitaron el temblar.

Hay lugares donde la visibilidad se hace resplandeciente; así sucede en Morelia, en Michoacán, donde cae una lluvia angelical muy fina, una lluvia que le indicaba a ella y a sus alumnos que ya eran las 4 de la tarde. Hay lugares que recogen, y por ello mismo también son dados al recogimiento, lo facilitan. En esta ciudad, entre tanta inmensidad, entre tanto silencio, podía llevarse, sin duda, una vida de ermitaña. En Morelia, podía vivirse de un modo solitario y tener también una amiga, hacerse amiga de una estatua que le recordase a una amiga real. Tener una amiga, una sola, en una plazoletina que había sido claustro de un convento de carmelitas. Tener una amiga y ver en ella la gracia neoclásica y una primavera con flores rosa y azules a sus pies. Vivir en Morelia también podía significar caer enferma. Y ponerse a leer a Flaubert y creer que no quede otra cosa en el mundo que ser persona y hacer una obra. A veces, a causa del exilio, una podía sentirse en aquel lugar, tan alejado de su país, tan similar a él, muy sola, muy triste. Por eso, frente a las aguas del lago Páscuaro, podía suceder que el corazón llorase, y que un amigo poeta se acercase y dijese: «María, donde quiera que hoy esté una persona, está llorando».

La ciudad en éxtasis

La primera vez que una pisa La Habana puede estar yendo camino de otra ciudad, de una ciudad tan alejada como Santiago de Chile. Sin embargo, una vez entras en ella, por un mar que se hace río al pie de las casas, algunas espléndidas, nacidas del agua que luego se extiende en la inmensa bahía, cuando realmente entras en ella, en la ciudad, entra también en tu interior la cer-

teza de que habrás de volver. Como se vuelve a la infancia.

O quizá fuera que esa primera vez que pisas La Habana es en realidad un regreso, que vuelves a algo que ya habías vivido antes. No necesariamente allí, desde luego, pero sí en su latido. Pues tanto a orillas del Mediterráneo como a orillas de este mar de La Habana, la luz y la sombra caen, literalmente, sobre la tierra, hundiéndose. Por eso, quizá, en el momento de la llegada, puede una creer que está volviendo a su ciudad natal. Algo en el aire, en las sombras de los árboles, en el rumor del mar, en la brisa, puede evocar esa sensación. Y puede una pensar que, por haber sido arrancada tan pronto de Andalucía, el destino le está dando ahora la compensación de vivir en La Habana, donde puede recobrar sus sentidos de niña y la cercanía del misterio. Esos sentires que son al par del destierro y de la infancia. Por eso, es casi inevitable querer sentir el destierro precisamente allí, en la ciudad de La Habana, donde destierro e infancia se confunden.

Y se descubre entonces, que tal vez sea cierto el hecho de que no sólo nacemos en un lugar, en una ciudad como Vélez-Málaga, sino que además tenemos un lugar de pre-nacimiento, un lugar como Cuba. Y tal vez sea también éste, el motivo por el que Cuba hiera con su presencia como un viejísimo ancestral amor, un amor tan primitivo que aún más que amor con- vendría llamar «apego». Y que ello nos lleve a alegrarnos cada vez que vemos de nuevo La Habana, una ciudad que no sabemos por qué la queremos, pero en la que estamos seguros de que hay algo ahí que consideramos nuestro y nos gusta seguir volviendo a ella. Síntoma de que seguiremos volviendo indefinidamente, consolándonos así de un andar errante.

Volver a La Habana. Volver por vez primera. Volver como se vuelve al sueño. Pues ni La Habana, ni toda la isla de Cuba, está dominada por el afán de definición. Su luz parece levantarla hacia el cielo, haciendo aún más leve el peso de la tierra. Y bajo esa luz, aparece una vida que aún

se confunde con el sueño, con un mundo donde las formas escondidas sólo se manifiestan danzando. Un mundo, el secreto mundo del trópico, que puede finalmente aparecer sorprendido en su danza. En su danza nocturna. Porque en la naturaleza tropical todo se mueve bajo una aparente quietud y sólo la noche revela la oculta fiesta, la danza que parece ser la íntima vida de todas las criaturas.

Y es que el mundo del trópico no es plástico, sino musical. Y una puede contemplar un cuadro y ver en él figuras danzantes, como puede asistir a una fiesta y no ser capaz de resistirse —porque la música nació para ser seguida— a participar del baile, del baile de los negros en Marianao, del baile que resulta de transformar la pesadilla en danza. Porque ellos danzan sus sueños. Es lo que percibes la primera vez que ves bailar a los negros: sientes que estás sorprendiendo a alguien en su sueño...

Y piensas en la danza y en el éxtasis, en esos dos estados del alma en que el pleno movimiento y la plena quietud coinciden. Lo que te permite estar al mismo tiempo en muchas partes, por eso puedes estar bailando en La Habana y resultar estar también desplazándote por cualquier otro lugar del mundo. Lo que te sugiere que la danza y el éxtasis son estados del alma casi intercambiables. Así que, en un papel, escribirás años más tarde viajando por otra ciudad pero recordando ésta: «Nadie ama a otro si no ama su danza; nadie le ve ni le entiende si no ha sabido descubrirla».

Es lo que te ofrece esta ciudad, esta isla tan parecida al paraíso. Y habiendo pasado alguien en ella la mayor parte de su vida de enseñante, es cosa de resaltar lo que pudo aprender allí: aprendió a mirar el alba, y aprendió a acordar el oído al ritmo de la respiración de la noche, tan viviente.

Porque aquí, en el trópico, la luz encubre y la noche revela. Revela, entre otras cosas, el secreto último del cielo de La Habana, el Rayo verde, aquel que podía atisbarse desde la ventana sobre la bahía, frente al poniente.

Porque aquí, en La Habana, puede verse, beberse más que en parte alguna, el alba, el alba hasta que sale el Sol, que asusta. Es la aurora la que llama, la que estando aún dormida te llama. Y acudes a verla, pegadita al suelo, por las entreabiertas persianas. Y ves el desvanecerse del azul, el clarificarse, la blancura celeste sobre el Morro. Y luego, ya más visiblemente, desde ese minúsculo cuarto suspendido sobre la Bahía, la ves aparecer a ella, toda ella, como una diosa sin sombra de pesar.

Porque, aquí, en esta ciudad, los días pasan cayendo como gotas de luz. Cayendo sobre esta isla apenas posada sobre las aguas, en esta isla en la luz, más que en el mar. Y una tarde, sucede algo inesperado, como que en el jardincillo que hay junto a la puerta del Lyceo, a la salida de una conferencia, alguien pueda dirigirse a la que ha pasado en La Habana la mayor parte de su vida de enseñante y decir: «María, se le han puesto los ojos azules al hablar». Sin saber que toda su vida había querido tener los ojos azules. Solamente él los había visto aquella tarde, unos ojos de color azul, como el azul pálido del fondo de los cuadros clásicos de Murillo.

Es imposible olvidar las mañanas luminosas de La Habana, aquellas playas tan maravillosas, aquella figura de la palma, que surgen a veces en otro paisaje, en otra ciudad. Es imposible olvidar la mirada de esclava, porque aquí, una vez descubres la belleza de la esclavitud, con el profundo misterio que hay en ella, es imposible de olvidar.

Desde la distancia puede una seguir enviando saludos a la sacra Ceiba, al yagrumo, al viento que hace el Mar Verde, Verde y transparente, y al Cielo... Desde la distancia una puede desvelarse porque La Habana está muy viva aún en sus sueños, porque la nostalgia de La Habana está habitando sus insomnios. Porque acaba de recibir una tarjeta postal con el Morro, el mar azul, el faro y se le saltan las lágrimas. Porque está padeciendo una ola de frío y añora la luz y el sol dorado del dulce otoño de la isla. En la distancia, una puede rememorar el haber vivido en

un noveno piso mirando la Bahía y en duermela besar aquella luz y aquella agua saltarina, transparente, el Mar verde con el viento del Norte. Y pedir, finalmente, a un amigo, a una amiga, que aun siguen viviendo en La Habana, que miren por ella aquella luz y aquel Mar, porque alguien que ha vivido en La Habana amándola, no puede dejar de seguir amándola en la distancia y de sentir que el amor a esa tierra, a esa luz, necesita de un intermediario, que no se puede amar una tierra si alguien de ella no recoge ese amor.

La ciudad de la luz

Si algo se destaca de la ciudad de París, es que no es una ciudad real. Está dibujada más que construida. Tan dócil es a la luz, que su silueta, recortada en el aire, se dibuja en la luz misma, produciéndose una línea, la línea de un dibujo o casi la de un grabado. Por eso es, más que ninguna otra ciudad, visible, pues la línea se ofrece enteramente a la mirada. La lucha del color, la resistencia a la luz que la escultura lleva consigo, el peso de la arquitectura, en París, casi desaparecen, dejando paso a la línea, que es musical, pura melodía.

Y es así como se ven sus avenidas, sus árboles, su río: como pura melodía. Pero también, por ello, como algo intangible, algo lejano, dando la impresión de que París, que se nos ofrece por entero, no acaba de estar cerca nunca. De ahí, que estando en París, estemos cerca y lejos de París. Su presencia se nos escapa y apenas es huella de sí misma: la vemos como una imagen reflejada en un medio puro, abstracto, en medio de una luz íntima y quieta. Es entonces cuando sentimos la intimidad. Sólo entonces sentimos estar no dentro de una ciudad sino dentro de un mundo, de nuestra propia alma quizá, como si la ciudad fuera una imagen recordada, nítida y claramente, en el lago en calma de una memoria enamorada.

Es por esto que es la ciudad del amor y no por las leyendas que ilustran y empañan su nom-

bre. Porque el amor es sentir y ver en el mismo instante. Y París debe verse así: al mismo tiempo que se siente.

La ciudad, como las personas, tiene cuerpo, cuerpo modelado por su vocación. Y la vocación de París, ese sueño mantenido que exige ser realizado, es lo que conforma el trazado de sus calles, el color de sus edificios, ese timbre especial que la ciudad tiene. Y París ha logrado, en su cuerpo, un milagro: actuar directamente con su vibración vital y ser visto como huella perdurable. Lo que es signo de belleza cumplida, de esa belleza que nos conduce hacia otro tiempo más cristalino.

A diferencia de otras ciudades, París sí que se nos ofrece y no es preciso buscarla o perseguirla cuando a ella llegamos. Está ahí. Del todo visible, luminosa aún en su luz grisácea que va del perla al acero, con su sol de plata a la caída de la tarde, siendo de plata ella también, por unos instantes, sumergida, o mejor, traspasada por la luz.

Y ha sido el amor el que ha permitido al alma unirse a la conciencia, para que, sin dejar de estar conmovida, vea su huella indeleble en ese medio semiopaco y semitransparente. Por eso es una ciudad soñada y es una ciudad pensada. Así como es también una ciudad vivida.

Cuando se llega a París es posible que se deambule en busca de alojamiento y se sea rechazado una y otra vez por las porterías de las pensiones del elegante barrio de Passy. Y eso te lleve a escribir un poema en francés, reproduciendo los diálogos, y a vivir en la embajada de México. Cuando se llega a París es posible que sea después de una larga y angustiosa espera, después de que se haya estado esperando durante todo un mes un visado y un billete de avión en la ciudad de New York. Cuando se llega a París es posible que ya se llegue tarde, cuando hace ya dos días que tu madre ha sido enterrada. Cuando se llega a París es posible que comience el delirio, el incabable delirio en que se ha convertido la esperanza fallida. Porque para los ojos, para el alma

de alguien que acaba de llegar a París, la presencia de esta ciudad puede ser también un delirio de la luz.

El hombre de hoy no habita París como debió de hacerlo otras veces y por eso deja libre al que en él entra para contemplar la ciudad y deja libre a la ciudad para mostrarse a sí misma. De modo que es posible captar en las piedras, en la luz, en el aire, el reflejo del sufrimiento de París, la ciudad que sufre y que recoge maternalmente el sufrimiento humano.

Su misterio no se desvanece. Su relación con la luz se mantiene a través de todos los cambios de la hora y de las estaciones. Porque París muestra, en sus diversas y cambiantes fisonomías, una continuidad de inspiración. Incluso en la época de la resistencia, su luz también se hizo resistente, resistente frente a la tenebrosa sombra del poder invasor. Porque París ha tenido la vocación de la luz, no la de la sombra, no la del poder, la del imperio. Y quizá sea ése el secreto último de la fascinación ejercida por París: que es la extraña capital de ningún imperio, la capital de algo más que de Francia, la capital de un Imperio invisible.

Cuando se reside en París, es posible asistir a la liturgia del Sábado Santo en la iglesia de Saint Etienne, y después ir por el Boulevard Saint Germain, cantando canciones de cupletistas, cantando chotis completamente clásicos. Cuando se reside en la ciudad de París, es posible ir por los bulevares y ver, sobre un montón de zapatos viejos, a una mujer majestuosa y desgarrada a un tiempo; no saber bien qué dice, pero ser ella París. Porque cuando se reside en París se descubre que París es Edith Piaf; que esta voz quebrada pero contenida, llega a ser casi el cante jondo de París. Y que quizá toda ciudad necesita su cante hondo, su hondura y también su altura, su transparencia especial del aire. Cuando se reside en París es posible acabar un libro empezado en otra ciudad, y titularlo *El hombre y lo divino*. Cuando se haya uno ido ya de París, es posible que un gran escritor, que residiera en París, muriera en accidente de circulación y encontra-

ran luego en su coche la traducción francesa de ese libro que uno escribió. Ésa es también la rara belleza de la ciudad de París.

Las ciudades celestes

Hay una ciudad, a la que llaman Roma, que en realidad tiene tres nombres. El de Roma es tan sólo para la gente normal; los que son medio iniciados la llaman, invirtiendo sus letras, Amor; y los iniciados se dirigen a ella con el nombre de Floralia.

Cuando llegas -como viajero, o como peregrino, más bien-, parece estar enteramente abierta, visible y presente como preparada para ser recorrida, para ser vista, para ser abrazada; pero luego te das cuenta de que es hermética, de que es secreta. Así que Roma es en realidad dos ciudades al par: una ciudad laberíntica y una ciudad abierta. Por eso es preferible verla en sentido horizontal, ya que no es posible rechazar su brazo, su presencia, ni tampoco es posible, aun viviendo en ella, liberarse de la sensualidad de su cielo y de su aire. Se diría que es un aire comestible, que a veces uno se siente en Roma como dentro de una fruta; de un melocotón tal vez, por ese color dorado que se dirige al paladar.

En esta ciudad, hija de una diosa, de una Venus nutricia, nada más llegar hay que dar de comer. Es lo primero que hay que hacer en Roma. Y darse también uno mismo en pasto, porque ella, por lo visto, en el fondo lo que está haciendo es parir una y otra vez, parirse a sí misma, parir su color, parir su fruta, florecer...

Roma es amor, pero un amor que difícilmente puede llegar a la mística o a un amor intelectual. Está terriblemente viva, es devoradora. La vida y la muerte están tanto en su superficie, en sus ruinas, como en su interior, en sus catacumbas, que recorridas son como la raíz de un campo de trigo. Roma es la ciudad eterna y es también la ciudad áurea.

En ella se puede ir hasta un lugar de la Vía Apia y contemplar, constelada de cipreses, una estela con la figura de un bello adolescente desnudo; se puede también pasar toda una tarde leyendo, sentada en una silla baja, junto a la ventana que mira la subida al Pinco, mientras la luz del sol poniente enciende sus muros; o tomar capuccinos y helados en el café Rosati, con los amigos que vienen a visitarte; o descubrir la basílica neopitagórica que hay en la Porta Maggiore, una basílica blanca por fuera y más enteramente blanca por dentro; incluso puedes atreverte a escribir algún poema estando en un hotel; o asistir a la ceremonia de la cofradía de San Giovanni Decollato; pero algo inolvidable que puede hacerse en Roma es encaminarse una tarde de primavera hasta el punto que parece el más alto de la ciudad, hacia la puerta principal de la iglesia Santa María in Araceli, situada en lo más alto del Capitolio romano, y advertir que la puerta, abierta de par en par, encuadra perfectamente al sol, detenido un instante sobre la línea del horizonte. En esa total, completa manifestación del astro solar, parece como si el sol fuese a entrar dentro del templo, que es, en su penumbra, como una nave, una nave que lo recogiera y lo llevara en su viaje a través de los hemisferios para traerlo a la mañana siguiente y depositarlo nuevamente sobre el horizonte.

Todo esto se puede hacer en Roma, y es justamente lo que hizo María Zambrano. No se sabe muy bien qué puedes acabar encontrándote en esta ciudad, porque no se acaba nunca de ver del todo, pero casi es seguro saber qué es lo que te mueve a ir a ella. Tal vez el proyecto de escribir un libro, como le ocurrió a Zambrano, que quería escribir *Filosofía y Cristianismo* y pensaba que Roma era el lugar adecuado para ese empeño. Debe uno, si es como ella, sentirse bien en Roma, una ciudad cuya vocación es la universalidad. Rica en metáforas, estar en esta ciudad -que fue aldea, monarquía, república, imperio- es como estar en una época que estuviera en otra época. Y una vez estás en Roma, no te quieres ir, no puedes irte.

Tienen entonces que expulsarte, como le sucedió a ella, que la expulsaron de la ciudad de Roma, de la ciudad de la loba y los gatos, precisamente por tener diez gatos en su piso de Lungotevere Flaminio. Y no le quedó más remedio que marcharse, con toda su corte felina a cuestas, maullando desde el interior de mínimas jaulas, hacia otro lugar, cruzar la frontera.

Pero antes de emprender este camino, ya había emprendido otro dentro de la misma ciudad de Roma: el camino del Tiempo. Era el punto de partida de algo que se le estaba revelando más aprisa de lo que ella quería, una naranja cuyos gajos iban apareciendo ordenada y espontáneamente, pero que resultaba ser un tormento para ella, pues temía que se le estuviera dando tanto como se le impedía. Reconocía estar en el momento de madurez de su obra y estar entregada a ella, en tanto los quehaceres diarios se lo permitían. Por eso podemos verla teniendo que ir a hacer la compra o diversas gestiones y entrar extenuada al Café Greco y sacar un cuadernito y, con el brazo dolido y la mano temblante, ponerse a anotar, a transcribir, todo cuanto se le iba dando esos meses y que resultaba ser el centro de algo que quería llamar *Vida y Trascendencia*.

Ciertamente, se había sentido bien en Roma. Durante su largo exilio se había dado cuenta de que había espacios, lugares, países color naranja, color del sacrificio -como México- y países azules como Italia, sin vocación sacrificial. Y ella siempre acababa encontrándose mejor en los países azules, donde el sacrificio, aunque lo haya, no aparece.

Mientras estuvo en Roma había escrito sobre su deseo de que la historia trágica se convirtiera en historia ética, sobre su anhelo de humanizar la historia, de alcanzar una historia sin sacrificio. Sí, le gustaban los lugares de color azul celeste.

Hay en Roma un monumento extraño en la plaza del mercado más populoso. Se trata de una puerta, llamada la Puerta Hermética, que es

lo que ha quedado del palacio de unos cardenales del Renacimiento. Tiene siete lemas, que corresponden a los siete planetas. Uno de ellos es: «Si logras convertir la Tierra en Cielo y el Cielo en la Tierra Preciosa, serás llamado sabio».

La ciudad verdadera

Hay una ciudad que no tiene nombre pero que es verdadera, porque es un camino hacia lo universal. Es una ciudad que está sobre el horizonte, una ciudad que es toda ella horizonte. A esta ciudad se dirigen todos los iniciados, porque todos los iniciados tienen necesidad de una ciudad, de un lugar. A veces les es más necesario ese lugar que la palabra.

Igual que ellos, María Zambrano también iba buscando una ciudad, un espacio ideal. Y por momentos creyó haberlo encontrado en un lugar del Jura, en La Pièce, pero lo destruyó el ciego progreso. Talaron los árboles, y se llenó de horrendas casas prefabricadas.

Allí, en su lugar, ella veía a lo lejos, una claridad encendida, los Alpes y abajo Ginebra, mas no eran los Alpes y Ginebra solamente. Esa encendida claridad viviente era el anuncio del reino donde van a dar, para encenderse en él, todo lo que se ha amado, todo lo que se ha querido, visto, oído, olido y gustado en el amor.

Allí, en su casita campesina, en los parajes por donde daba largos paseos, ella vivía como en medio de una nube, dentro de la niebla que es bella y que hace sentir que se está en ninguna parte. Ella, que nunca había querido ocupar sitio, estaba allí, como en un poema:

«María se nos ha hecho tan transparente que la vemos al mismo tiempo en Suiza, en Roma o en La Habana {...}»